

Leonardo Padura y la dignidad del derrotado

Sabine Bivort

Reconocido como figura emblemática en el escenario de la literatura contemporánea cubana, el novelista, cuentista y ensayista Leonardo Padura es autor de obras fundamentales como *La novela de mi vida* (2002), *El hombre que amaba a los perros* (2009) y una ya extensa serie de novelas protagonizadas por el detective Mario Conde, que se inició en 1991 con *Pasado perfecto*. Su narrativa se desplaza entre personajes reales y ficticios, entre el pasado y el presente, entre la biografía histórica y la novela policíaca, permitiendo así al lector un acercamiento inaudito a la fascinante complejidad de la sociedad cubana.

Sabine Bivort: En *La consagración de la primavera*, Alejo Carpentier entretejió –a través de las vivencias y los recuerdos de sus personajes– aspectos de la revolución rusa, la revolución española (la guerra civil) y la revolución cubana. Estas tres revoluciones son protagonistas, también, de *El hombre que amaba a los perros*. ¿Se podría considerar su novela como un diálogo con la de Carpentier, o como una respuesta a las tesis que este proponía?

Leonardo Padura: Es evidente que entre las dos novelas se ha establecido un diálogo, pero solo tuve conciencia de que eso había ocurrido cuando terminé mi trabajo... Como sabes, soy un estudioso de la obra de Carpentier, he escrito dos libros sobre su teoría de lo real maravilloso, y hace unos pocos años un ensayo sobre la relación entre la historia, el periodismo y la novela en *La consagración de la primavera*, o sea, que es un texto que tengo no solo leído, sino analizado desde diversas perspectivas, tanto, que hasta lo reseñé en 1979 cuando se presentó la edición cubana... Pero te puedo jurar que no fue mi propósito establecer ese diálogo. Todo fue obra de la propia historia de mis personajes. A Trotski no se le puede entender sin la revolución rusa; a Mercader es imposible abordarlo sin la guerra civil española; e Iván es un hombre que vive casi toda su vida, de hecho, toda su vida adulta, dentro del proceso de la revolución cubana. O sea, que los personajes ya venían cargados con esas coyunturas históricas sin las cuales no habrían sido quienes fueron, ni la historia que narra la novela hubiera podido ocurrir como ocurrió... y se dio el espacio para ese diálogo. Creo que la diferencia de posiciones a la hora de "conversar" sobre estas revoluciones en las dos novelas, es que quizás *El hombre que amaba a los perros* está conceptualmente más cercana de la filosofía de las revoluciones que maneja Carpentier en *El siglo de las luces* que la sustentada

en *La consagración de la primavera*, pues si en su obra de 1962 habla del fracaso de la idea utópica de la revolución en Francia, en la de 1978, estaba compulsado por una realidad como la cubana y deseoso de escribir una obra que fuese "la novela de la Revolución" y a la vez respondiera (otro diálogo, ese sí totalmente intencionado) a *El siglo...* Por ello Carpentier ofrece la sensación de epifanía de una revolución triunfante que haría realidad los sueños de justicia social del hombre.

El período histórico en que Carpentier, lleno de fe y confianza, de deseos de ser útil a la revolución, escribe *La consagración...* (años 1960 y 1970) es diferente al momento en que yo escribo *El hombre* (años 2000...) y lo que en Carpentier es fe y confianza, en mi caso son dudas y certezas de fracasos, a los que he llegado por el conocimiento de los procesos históricos, por el análisis de oscuridades que Carpentier no pudo o no quiso ver, y por una experiencia de vida muy diferente entre Carpentier y yo, pues Alejo casi no vivió en Cuba revolucionaria, era un autor reconocido y más que reconocido, oficial, ubicado en una superestructura social, mientras yo he pasado las verdes y las maduras, incluidas las podridas de los años del llamado "período especial" de la década de 1990, y tengo, obviamente, otro "diálogo" con una realidad que he sufrido en mi propia piel y estómago. Suma a todo eso que al no tener la presión que sintió Carpentier por mostrar el rostro amable de una revolución triunfante, fui mucho más libre que él a la hora de acercarme a la historia, a la valoración de las revoluciones y a lo que vivir en ellas o cerca de ellas significa para los individuos (incluso los más históricos, como Trotski). Por lo tanto, al final, se trata en realidad de un diálogo de sordos, pues Carpentier quería ver algo que yo no puedo ver, pues, en mi experiencia, lo que él ve no es lo que yo he vivido, y de lo que escribo.

Sabine Bivort: El tema de la derrota está muy presente en sus novelas (en la serie *Mario Conde*, en *El hombre que amaba a los perros*, en *La novela de mi vida*). En su conferencia del 9 de octubre de 2010, en la Casa de América en Madrid, Ud. empezó su discurso afirmando que "la vida es una derrota". ¿En qué sentido? ¿Lo dice como escritor cubano o como ciudadano de este joven siglo XXI?

Leonardo Padura: Lo digo como ser humano. La vida es solo un tránsito, evanescente, efímero, y de ahí nuestra derrota como seres pensantes. Para un perro vivir bien o mal es una victoria o una derrota, una suerte o una desgracia. También para una persona. Pero la conciencia de que está viviendo para desaparecer, es siempre una derrota...

Por supuesto, como escritor y ciudadano (soy las dos cosas a la vez) he sido testigo de otras muchas derrotas, históricas, humanas, sociales... Pero específicamente como escritor encuentro en la derrota un sentido dramático que no puede revelarme ninguna victoria. Por eso me molesta tanto que el cine norteamericano se esfuerce casi siempre en llegar a un

punto donde alguien triunfa, aunque sea hecho pedazos. Yo creo que el derrotado expresa mejor la realidad humana, y el juego dramático del perdedor siempre es más productivo literariamente hablando: en la derrota el hombre tiene que mostrar todo lo que es, lo que siente y sufre. Además, la derrota es mucho más alarmante que la victoria: nos enseña más de la vida y de la historia.

Sabine Bivort: Ud. dice que "el estalinismo fue el régimen más canalla". En *El hombre que amaba a los perros*, el lector siente cierta cercanía hacia Trotski. Siente compasión por el personaje, por su destino. ¿El comunismo de Trotski hubiera sido menos canalla?

Leonardo Padura: Nadie podría decir cómo habría sido lo que no fue. Eso implica una especulación y en un terreno donde tienes un referente y te falta otro, la especulación es mucho menos fiable. Quisiera creer o pensar que Trotski, en el poder, habría sido mucho menos sanguinario, cruel, cínico, canalla que Stalin. Y quisiera creerlo porque Trotski era un hombre culto, cercano a su familia, con sensibilidad por el arte, un humanista. Pero también era un político, un revolucionario, y desde esas dos perspectivas los fines suelen justificar los medios, como bien dijera, hace siglos, Maquiavelo. El poder corrompe, y el mucho poder corrompe mucho. ¿Habría resistido Trotski el peso del poder sin corromperse? No lo sé. Además, en sus días de poderoso Trotski aplicó el poder de maneras bastantes drásticas, como todos saben. Suma a eso que en una revolución los extremos suelen ser muy frecuentes, pues se trata de eso, de una revolución, un giro de lo establecido, y eso conlleva un precio. Y si ves alguna simpatía en mi libro por Trotski es, precisamente, porque fue un perdedor, el derrotado en la lucha por el poder soviético, y desde esa perspectiva el político suele ser mucho más humano que si lo asumes y analizas desde la altura del ejercicio del poder. Digo yo...

Sabine Bivort: León Davidovich Trotski y Ramón Mercader, personajes principales en *El hombre que amaba a los perros*, son "víctimas". ¿Dedicarse a una causa como la de la justicia y de la libertad, en el caso de Trotski, significa ser una "marioneta" del sistema? ¿Servir la causa u obedecer a las órdenes, en el caso de Mercader, significa ser un "títere"?

Leonardo Padura: No se puede asumir nada en blanco y negro. Sí y no. La fidelidad de Trotski a un ideario político, a una filosofía, me parece lo más encomiable del personaje, junto a su capacidad de observación política y de evolución ideológica. Cuando tuvo que ser actor, Trotski lo fue, como parte del sistema que él mismo estaba creando, y creyendo que sus actos y decisiones eran los necesarios para establecer ese sistema, por lo que difícilmente se le pueda considerar una marioneta. Y por supuesto, no

fue una marioneta del fascismo y la contrarrevolución, como se dedicó a calificarlo Stalin y luego los estalinistas.

Respecto a Mercader, se trata de un creyente, un convencido. Más aún, se trata de un fanático. Y un fanático es muy fácil de manipular. Su fe es tan sólida que es capaz de matar por ella, sin pensarlo dos veces. Casos como el suyo ha habido muchos. Solo que no todos mataron a Trotski. Pero en la misma medida en que su fanatismo es utilizado y conducido por otros para fines tan terribles, se convierte en un títere. Solo cuando ese títere toma autoconciencia de su papel, del modo en que lo han utilizado, es que se puede hablar de una víctima. Y Mercader fue un títere y después tuvo conciencia de que había sido, era una víctima. Y si Trotski, en su tragedia, puede generar cierta simpatía, Mercader, en su desvalimiento y olvido, puede mover incluso a la compasión.

Sabine Bivort: El tema del exilio está también muy presente en sus novelas. ¿Exilio y libertad, en un sistema totalitario, conllevan necesariamente la soledad? Allí están sus personajes como Trotski y José María Heredia.

El exilio es siempre una desgracia, pues significa la separación, ya sea voluntaria, involuntaria o forzada de un hombre del contexto al cual pertenece, y esa separación entrafña la pérdida de referencias, cercanías, complicidades, conocimientos y la llegada a una cultura y sociedad diferentes a las cuales muchas veces nunca el exiliado llega a pertenecer del todo. Y de ahí su soledad... Cuando un hombre se ve expulsado de su medio, por razones políticas, y no puede regresar a él, esa pérdida de la posibilidad del retorno es altamwente desgarradora y muy dramática. Heredia la sufrió en la época de la colonia cubana, Trotski después de la lucha por el poder en la URSS, pero los resultados son más o menos los mismos en cuanto a la espiritualidad del desterrado. Este tema de los exilios, forzados o voluntarios, temporales o permanentes, me interesa mucho porque es algo que en cualquier momento nos puede pasar a todos. Y yo siempre lo veo como una posibilidad terrible, pues me pongo en el lugar de quien lo sufre y me pregunto, ¿cómo podría yo vivir en esa situación?

Sabine Bivort: En su serie policíaca, los protagonistas repiten que son "una generación sin cara". ¿Sería posible hoy en día que surgiera en Cuba una generación "con" cara, es decir, con una identidad propia, más individual o individualista que colectiva? Por otra parte, ¿sería posible hoy en día "tener cara" en Cuba: hacer una nueva revolución?

Leonardo Padura: Te repito que no me gusta especular con lo que podría ser. Han ocurrido en la historia –incluso la más reciente– tantas cosas que nadie pensó que pudieran ocurrir, y no han ocurrido otras tantas que todo el mundo esperaba, que es demasiado riesgoso el acto de predecir.

Todo puede pasar –o no. Creo que en la Cuba de hoy mucha gente (no sé cuántas, pero más que antes, más) no confía demasiado en los proyectos colectivos y trata de arreglarse la vida como puede, ellos y su familia. Porque lo colectivo no les asegura todas las necesidades y la gente quiere, necesita, desea vivir un poco mejor. La vida en Cuba nunca ha sido fácil. Pero en los últimos 23 años ha sido más difícil, seguramente más. Ha habido todo tipo de carencias y los que han podido capear el temporal y salir a flote lo han hecho, lo están haciendo. Una forma –y esto me remite a la pregunta anterior– ha sido, simplemente, irse, exiliarse. Y de los que se han ido un por ciento importante son jóvenes, la mayoría de ellos con cierta preparación. Han preferido arreglar sus vidas en el exilio, buscar otra oportunidad que no encontraban en Cuba y dentro del proyecto colectivo. Y para tomar esas decisiones, han tenido en cuenta la experiencia de la generación de Conde y sus amigos, que participó de todos los sacrificios que se exigieron durante décadas y que, a partir de los años 1990, se quedaron sin nada y que después de lo peor de la crisis estaban tan viejos, cansados, alcoholizados incluso, que les ha resultado imposible rehacerse y competir. Una generación con un futuro bastante incierto, pues dentro de poco dependerán de sus jubilaciones –que no alcanzan– y, los más afortunados, dependerán de lo que los hijos que se fueron –y se fueron muchos, al menos yo conozco a muchos– les quieran enviar para que sobrevivan. Por lo demás, si hay una cara para el futuro de Cuba, no creo, por ahora, que surja de abajo, sino que se irá iluminando desde arriba...

Sabine Bivort: Elige, en sus novelas *El hombre que amaba a los perros* y *La novela de mi vida*, adoptar una estructura que entreteteje las historias de tres protagonistas. ¿Por qué? Además, cambia a menudo de personas gramaticales ("yo" y "él") para referirse a un mismo personaje. ¿Por qué?

Leonardo Padura: Me gustan las estructuras triangulares. No, me encantan. Creo que dan un equilibrio muy estable a las historias, tres miradas, tres épocas, tres personajes, tres historias. Y te aclaro que no me interesa la numerología: solo el equilibrio. Cuando monto esas estructuras, con sus personajes protagónicos, trato de que cada lado del triángulo tenga su propia entidad. Y ahí están las personas narrativas desde las que se cuentan las historias, los estilos, los ritmos propios de cada relato. La decisión de narrar desde una tercera o primera persona es esencial a la hora de concebir una novela o una parte de ella dentro del todo. Con Heredia, por ejemplo, opté por la primera persona porque solo con ella podía dar desde dentro el drama del poeta; con Trotski, luego de escribir todo su relato en primera persona, lo rehice en tercera porque no logré meterme dentro del personaje y tuve que tomar distancia –eso lo permite la tercera persona– para dar su carácter, entregar lo que necesitaba de él al conjunto dramático que es la novela en su totalidad. Quiero decirte con todo esto, que esas decisiones nunca son pretextuales: nacen de las exigencias del

propio texto que estoy escribiendo y, como tienen funciones tan precisas dentro de una obra específica, no pueden analizarse como una regularidad, sino como una necesidad.

Sabine Bivort: Me fascina uno de sus personajes, el Marqués, en su novela *Máscaras* (serie policíaca Mario Conde). ¿Su excentricidad es representativa de los cubanos? ¿Cómo nació este personaje?

Leonardo Padura: No, no creo que el Marqués sea representativo del cubano, aunque es un personaje muy cubano. Es demasiado singular para ser representativo. Creo que es más bien simbólico, o sea, capaz de representar un tipo, una idea, un conflicto, pero no la generalidad de ellos. Su propio origen es singular y, a la vez, bastante común, pues la fuente principal de la realidad que me sirvió de inspiración fue la historia del dramaturgo, poeta y novelista cubano Virgilio Piñera, que murió en La Habana, a finales de los años 1970, luego de haber vivido por diez años en la marginación y el ostracismo. Pero el Marqués representa como símbolo, primero la capacidad de resistencia del arte, su invencibilidad por su condición de acto que puede permanecer, trascender, superar las coyunturas históricas (la famosa pregunta de si Dante fue güelfo o gibelino), y, en segundo término, la síntesis –por lo tanto también simbólica– del calvario que debieron atravesar en los años 1970 artistas cubanos que se vieron marginados de todo, convertidos en muertos civiles, como los calificó y se calificó Antón Arrufat, que también me sirve de modelo para la creación del Marqués.

Sabine Bivort: *Los herejes*, su última novela que saldrá en las librerías en septiembre de 2013, hablará del exilio y reunirá los continentes europeo y americano. Es algo que Ud. ya hizo con *El hombre que amaba a los perros*, a través de personajes reales como Trotski y Mercader. Pero esta vez aparecerá el personaje de Mario Conde. ¿*Los herejes* sería entonces el punto de encuentro de sus dos facetas novelescas: la novela histórica y la serie policíaca?

Leonardo Padura: Justamente ese era mi propósito: hacer confluír mi trabajo en un espacio narrativo que es una novela policial que en el fondo no lo es, con los asuntos propios de unas novelas históricas que en propiedad tampoco lo son, y llevar esos dos géneros al extremo. Porque ni las novelas del Conde son propiamente policíacas, sino más bien sociales; ni una novela como *El hombre...* o *La novela de mi vida* se refieren solo a la historia, sino que la utilizan para iluminar, entender el presente... Quise entonces hacer una novela donde lo genérico no fuera lo más importante, pero sin dejar de estar presente, en la que los recursos de ambas modalidades literarias pasaran a un segundo o tercer plano de importancia y se pusieran en función de un concepto universal, histórico y abarcador: el

Leonardo Padura y la dignidad del derrotado
Sabine Bivort

de la lucha de los individuos por obtener esa libertad personal que tantos poderes (políticos, sociales, religiosos, económicos) siempre le están limitando e, incluso, reprimiendo. Es una novela ambiciosa, con varios niveles de lenguaje y reflexión, muy literaria... que espero complazca tanto a los lectores como lo han complacido *El hombre que amaba a los perros* y mis novelas de la saga del Conde...